Historias medievales para sensibilidades románticas

Relatos sobre el tiempo de Juan II de Castilla

Montserrat Ribao Pereira, coord.

Universidade de Vigo

Servizo de Publicacións

2018

MONOGRAFÍAS DA UNIVERSIDADE DE VIGO. HUMANIDADES E CIENCIAS XURÍDICO-SOCIAIS, Nº 118.

Edición
Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo
Edificio da Biblioteca Central
Campus de Vigo
36310 Vigo

© Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo, 2018
© Montserrat Ribao Pereira

Imágenes propiedad de la Biblioteca Nacional de España.
Imagen de portada: Don Álvaro de Luna es herido en una justa. Biblioteca Nacional de España.

ISBN: 978-84-8158-784-5
D.L.: VG 377-2018

Maquetación e impresión: Tórculo Comunicación Gráfica, S.A.

Reservados todos os dereitos. Nin a totalidade nin parte deste libro pode reproducirse ou transmitirse por ningún procedemento electrónico ou mecánico, incluídos fotocopia, gravación magnética ou calquera almacenamento de información e sistema de recuperación, sen o permiso escrito do Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo.

LA CORTE DE DON JUAN II

FRANCISCO FERNÁNDEZ VILLABRILLE

I

Aviene muchas veces que, cuando el rey muere, finca niño el hijo mayor que ha de heredar, e los mayores del reino contienden sobre él, quién lo guardara hasta que haya edad. E de esto nascen muchos males, ca las más vegadas aquellos que le cobdician guardar más lo facen por ganar algo con él, e apoderarse de sus enemigos, que no por guarda del rey ni del reino.

Estas memorables palabras de las leyes de partida, palabras que por desgracia de nuestra patria ha comprobado una triste experiencia en las minorías de los reyes, no pueden aplicarse con la misma exactitud a la minoría de don Juan II de Castilla, acaecida por el prematuro fallecimiento de su padre don Enrique III el doliente. Tuvo este previsor monarca cuidado de asociar a la reina viuda como regente del reino a su hermano don Fernando, cuya fidelidad al rey niño sin duda conocía bien a fondo. Cuando los grandes y orgullosos magnates del reino abatidos por don Enrique quisieron vengar en el hijo la conducta del padre, cuando ansiosos de revueltas a cuya sombra aumentasen sus intereses a medida de su ambición vinieron ellos mismos a

ofrecer la corona al infante don Fernando, presentó este al mundo un bello ejemplo de moderación y de virtud rehusando la soberanía de que ciertamente era muy digno. Aquel príncipe de singular prudencia, en la flor de su edad y con los títulos de *grande* y de *héroe* adjudicados por aclamación, acreditó cuán bien los merecía, reprendiendo con entereza la deslealtad de los poderosos de Castilla y diciéndoles:

—No tengo más codicia de honores y de mando que tener en guarda al rey niño muy lealmente e hacer en pro y honra del rey y del reino aquello que soy obligado por mi juramento y leyes antiguas. En esto vosotros, a fuer de homes honrados, habéis de seguir mi ejemplo toda la vida.

Lo cumplió conforme lo dijo y si coronado rey en Aragón, más por sus méritos que por su derecho de parentesco, llegó a dejar casi del todo el gobierno de Castilla, fue aumentando este reino con la toma de Antequera y haciéndole ser respetado por sus afortunadas empresas en la guerra. Si después el reinado de don Juan II no fue de los más felices para Castilla, atribúyase al favoritismo, a la ambición y desavenencias de los grandes descontentos y nunca a los gobernadores durante tan larga minoría o a la exagerada incapacidad del rey para el gobierno. Cierto es que el monarca se distraía demasiado de los negocios públicos por la extremada afición a la literatura, que tuvo desde sus primeros años. Con su ejemplo, pues el soberano era poeta, y con su protección, puesto que dispensaba su familiaridad amistosa a los ingenios más esclarecidos, se dio un impulso vital a la literatura, restaurando la poesía y escribiéndose ya la prosa castellana con gala y lozanía. En la corte galante de don Juan II, establecida ya en Medina del Campo, ya en el antiguo alcázar de Segovia, se verificaron competencias literarias y florecieron ingenios que han dado mucho esplendor a las letras castellanas. Tales fueron, entre otros, Fernán Pérez de Guzmán, Juan Rodríguez del Padrón, Juan de Mena, don Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, el sentido Jorge Manrique, el arzobispo de Burgos don Alonso de Cartagena, el malaventurado amante Macías y su señor el marqués de Villena. Las composiciones, la celebridad y aun la categoría de alguno de estos aventajados ingenios, acreditaron y estimularon de tal modo el estudio de la bella literatura que, haciéndole florecer en aquel siglo, dio muestras de lo que había de ser en el siguiente, cuando la España fuese la potencia dominante de Europa. El reinado de don Juan II, si no es memorable por los grandes acontecimientos en la guerra, que tanto llaman la atención durante el dominio de otros reyes, lo es mucho cuando se considera que fue la época de mayor engrandecimiento para la literatura en toda la Edad Media.

Las composiciones de los célebres ingenios y los armoniosos cánticos de trovadores solo se escuchaban cuando lo permitía el apaciguado estruendo de las armas. Los beneficios que son consiguientes a la paz solo se gozaban en los intervalos de la lucha civil que sostenían las facciones, que intentaban, a toda costa, prevalecer en el

reino, y los grandes que pretendían influir en el ánimo del monarca. A uno de estos tan cortos como venturosos periodos de prosperidad pública pertenece la brillante y caballeresca escena que vamos a referir.

II

En los espaciosos salones del alcázar de Segovia y bajo las altas bóvedas trabajadas con labores de oro del gusto gótico arabesco, se reunían y paseaban una mañana del año de 1431 cuantos magnates, caballeros, capitanes y personas de suposición componían la corte del rey don Juan II de Castilla. Sus tropas, invencibles a la morisma, acababan de conseguir la victoria de la Higuerita, debida en gran parte a la presencia y esfuerzo del monarca, y este triunfo obtenido sobre los verdaderos enemigos de la España había sido el mejor lenitivo para los males de una nación trabajada por eternas contiendas domésticas. Por eso la victoria había sido recibida con tanto entusiasmo y por eso toda la corte concurría a felicitar al monarca, de vuelta de su expedición, y por eso mismo ofrecía tan magnífico espectáculo el alcázar, en cuyas salas se disputaban la preferencia la seda, el terciopelo y el tisú de oro. Nunca se había visto en la corte una concurrencia tan numerosa. Allí formaban corrillo los cortesanos con trajes recamados en oro y airosos plumajes, para discurrir amistosamente de los asuntos de la guerra o escuchar alguna trova, mientras que, graves y silenciosas, solían cruzar algunas damas de rasgados ojos negros, con el traje y altivo porte de que nos dan una idea las pinturas antiguas. Los señores también, aunque habían cambiado la pesada cota por la ligera seda, ostentaban siempre aquellas frentes graves y austeras de castellanos, que ni se alteraban a vista del peligro ni se desarrugaban con el regocijo de la paz. Había entre los cortesanos uno a quien todos ellos acataban sobremanera, mientras que él, recibiendo los saludos con aire orgulloso y protector, manifestaba bien la privanza que obtenía con el monarca, que le había casi abandonado el poder. Este favorito era el condestable don Álvaro de Luna que, hallándose entonces en todo el apogeo de su gloria, estaba muy ajeno de creer que su cabeza rodaría después bajo la cuchilla del verdugo y que su cuerpo quedaría abandonado al que de merced quisiese darle sepultura. El único salón donde el gentío no había penetrado era el peculiar del monarca para actos solemnes, sin que hubiese en él más alma viviente que los centinelas de la guardia de honor, pero tan inmóviles como las estatuas de los reyes de Oviedo, León y Castilla que estaban, y aún duran, sobre la cornisa de aquel suntuoso recinto.

Apareció al fin el rey don Juan, abriéndose paso entre los obsequiosos cortesanos y, acompañado de la reina su esposa, del príncipe don Enrique, de las damas y de los inmediatos servidores de su persona, fue a rodearse de todo el prestigio y emblemas de su soberanía bajo un elegante pabellón bordado de castillos y leones de oro.

No bien se había acabado de solemnizar su presencia cuando se permitió la entrada en el salón a varios caballeros, que inmediatamente fueron reconocidos por ser los extranjeros que acababan de llegar a Segovia, con intento, según se decía, de proponer una empresa delante del rey. En efecto, adelantándose el que parecía jefe de la cuadrilla, hizo su acatamiento a don Juan y le habló en estos términos:

—Muy poderoso y esclarecido señor: yo soy micer Roberto, señor de Balse, en los distantes climas de Alemania. Ansioso de gloria, y aviniéndome mal con la holganza y regalo de mi país, salí de él en busca del peligro y de los hechos de ventura. Noticioso de la gentileza y esfuerzo de vuestros caballeros, enderecé mi camino a esta corte solo por medir mis armas con ellos, considerando que de tal empresa me resultaría prez muy cumplida.

Vuelto luego hacia los caballeros, continuó:

—Con el beneplácito de su alteza, si alguno de vosotros, o todos a su vez, quieren romper lanzas conmigo, yo lo tendré a gran merced.

Acto continuo arrojó un guante a las gradas del trono, mas apenas había tocado la alfombra que las cubría cuando cayeron junto a él los guantes de otros varios caballeros presentes, siendo dificultoso conocer cuál había sido el primero. Estorbó la contienda que pudiera haberse originado el animoso joven conde de Mayorga, don Juan Pimentel, primogénito de la casa de Benavente. En vez de arrojar su guante entre los otros, cogió del suelo el del alemán, a quien dijo:

—Si el rey mi señor me otorga su permiso, lo que tarde en tomar las armas tardaréis en quedar satisfecho, señor caballero.

Miró el rey sonriendo al intrépido mancebo, tomó el guante de sus manos y, devolviéndoselo al caballero alemán, le habló así:

—Señor de Balse, ya había llegado a nos la fama de vuestras proezas y mis honrados caballeros, como veis, ansían competir con persona de tal merecimiento. A paraje vinisteis donde vuestros deseos quedarán cumplidos asaz. Yo huelgo de ello, pero el contentamiento en que agora nos hallamos non permite se lleve la pelea a todo trance de muerte. Las armas corteses o embotadas bastarán a decidir quién es mejor caballero en el combate que yo presenciaré, señalando el día y la hora en que, si Dios fuere servido, se ha de verificar a vista de estos mis alcázares.

III

Un espacioso palenque estaba formado al pie de las murallas del alcázar de Segovia y hacia el río Eresma, cuya frescura mitigaba algún tanto los ardores de una calurosa tarde. Casi toda la ciudad se había despoblado para contemplar con admiración el orden de la liza, el tablado para la familia real, adornado con franjas, tapetes y colgaduras, y embellecido aún más con los magníficos trajes de las personas que

le ocupaban. Había además palcos engalanados para las personas de distinción que habían de presenciar el torneo y en las dos extremidades del palenque se levantaban dos vistosas tiendas de campaña con banderolas de colores. De ellas habían de salir armados los dos campeones, cuyos escudos estaban colgados a la entrada. Alrededor de las tiendas se hallaban los pajes y escuderos de los dos competidores. Los heraldos, con sus vestidos simbólicos y con trompetas en las manos, estaban a la entrada de la liza y los maestros de ceremonias cuidaban de que las personas convidadas fuesen ocupando el sitio que les correspondía por etiqueta. Había, además, gradas de madera para la generalidad del pueblo y sitios de descanso para los caballeros que acudiesen a tomar parte en la lid o a ser meros espectadores. Muchos había allí desplegando toda su magnificencia en lujosos trajes y brillantes armaduras. Como que aquella fiesta iba a recordar los buenos tiempos de la caballería española, todos querían hacer palpable que no habían degenerado del valor ni de la magnificencia de sus abuelos. Al ver los colores de las bandas y penachos de los jóvenes caballeros no era difícil adivinar la señora de sus pensamientos, buscando aquel color favorito en las bellas damas que ocupaban la primera fila de las galerías. Grandioso espectáculo presentaba todo el circuito del palenque, como que allí se había reunido lo mejor de la España, y los paladines que habían de combatir eran la flor de la nobleza. El que no se distinguía por sus condecoraciones y gloria personal ganada valientemente en la guerra se hacía notar por su gallarda persona y por los timbres de su familia, que campeaban en su escudo. Aquellos blasones, entonces entendidos más que ahora, descubrían a los caballeros aunque tuviesen calada la visera. Reconocíase a Ponce de León por su león de gules coronado de oro; a los Ledesmas y Sanabrias por las flores de lis de plata en campo azul y las ocho medias lunas con las puntas hacia abajo; a Bermúdez por los quince puntos de ajedrez de oro; a Mendoza por la banda amarilla en campo de gules. Distinguíase Salcedo por el sauce y escudo, Aguilera por el águila coronada, Figueroa por las cinco hojas de higuera en campo de plata y a Villamediana por el águila imperial desplegando el vuelo sobre un tejón de plata. Allí se hallaban Chacón, Ayala, Antolínez, Quiñones y otros varios cuyos blasones e insignias sería interminable y hasta enojoso relatar.

Apenas el rey don Juan dio la orden de empezar el torneo cuando entraron en el palenque los jueces del campo acompañados de los padrinos de los campeones, para hacer la ceremonia de dividir el espacio, el viento y el sol a los combatientes, excusándose tomarles el juramento, porque no había de ser combate a muerte. Después, y entre el estrepitoso compás de la música y las aclamaciones del pueblo, se presentaron en la liza los dos mantenedores con todo su séquito de pajes y escuderos, que les llevaban las armas y caballos de repuesto. Al frente de la primera cuadrilla iba el caballero alemán micer Roberto, montado en un poderoso caballo. Su armadura estaba tan bruñida que parecía de plata y sobre el yelmo, en vez de penacho, llevaba

un águila imperial en actitud de extender las alas; pero, a fuer de caballero aventurero, se presentaba sin blasón en el escudo. A sus lados, y en calidad de padrinos, iban don Álvaro de Luna y don Rodrigo Alonso Pimentel, conde de Benavente y padre del conde de Mayorga, contrario del alemán. El joven conde entró al frente de otra no menos vistosa cuadrilla, en un fogoso bridón ricamente enjaezado. Sobre la armadura llevaba una sobreveste flotante, de terciopelo morado con flecos y alamares de oro, y de lo alto de la cimera se desprendían airosamente muchas plumas blancas. Llevaba esmaltadas en el escudo las armas de sus progenitores con una letra por debajo que decía: *A los míos me parezco*. Le acompañaban como padrinos el conde de Ledesma y el adelantado don Pedro Manrique de Lara, siguiendo detrás los escuderos y volantes de cada uno de estos señores. Después que hicieron el acatamiento a los reyes, bajando la punta de las lanzas, pasearon la liza con gallardo ademán y fueron a situarse en sus respectivos puestos, esperando la señal del combate.

Resonó en los aires el bélico estruendo de clarines y trompetas y la voz de los jueces del campo gritando:

—Partid, valientes caballeros.

Así lo ejecutaron en el acto, pero sin que se encontrasen en esta primera carrera; todo al contrario, el conde de Mayorga como que apartó el caballo y levantó la lanza de intento para no tropezar a su rival. Era que al tiempo de enristrar la lanza había conocido le sería imposible arrancar al contrario de la silla, como él deseaba para dar un golpe de lucimiento, por lo que, llamando a los jueces, les hizo presente que el caballo que montaba micer Roberto tenía un modo de llevar la cabeza tan erguida que era forzoso dar antes en ella que en el jinete, lo que no estaba bien visto según usanza de la caballería. Noticioso el alemán de estas razones, replicó con gran parsimonia que con aquel caballo acostumbraba entrar en lides y no le trocaría por cosa ninguna.

—Sea en buena hora —contestó vivamente Pimentel—, pero si hubiere falta de encuentro, vaya a vuestro cargo.

Esto dicho, tomaron la parte del campo suficiente y volvieron a encontrarse con nueva furia en medio de la arena. La lanza del alemán se estrelló en el escudo del conde de Mayorga, saltando al aire las astillas, mientras que la del conde, aunque embotada, lastimó de tal manera la cabeza del caballo enemigo que le hizo retroceder y bajar las ancas hasta el suelo, dando en tierra con el jinete. Levantose este mal parado de la caída y puso mano a la espada en actitud de defensa, pero Pimentel no se movió del caballo y acudiendo los padrinos le hicieron envainarla, porque el combate era con armas corteses y además la ventaja ya estaba decidida.

Como esta única justa no satisfacía la ansiedad del numeroso concurso y, además, los alemanes del séquito de micer Roberto estaban poco contentos del término de la contienda, entraron presurosos a continuarla. Con la misma presteza acudían los

castellanos a recibirlos, tantos a tantos y en cuadrillas a veces de ocho y de diez. Hubo lances de valor y destreza, competencias y escaramuzas en las que los castellanos, como tan aventajados entonces en ese género de ejercicios, y lidiando además a vista de sus reyes, siempre llevaron lo mejor del torneo. Acercándose la noche, don Juan II, sumamente complacido de aquellas fiestas que eran su gusto favorito, arrojó su bastón de mando a la arena, con lo que se apartaron a la vez los intrépidos combatientes.

IV

Cuatro volantes conducían asidos de la brida, cuatro caballos ricamente enjaezados y dos pajes llevaban en dos azafates dos primorosas piezas de brocado, la una de color azul y la otra carmesí. Tal era el presente que el rey don Juan II de Castilla hacía al caballero alemán micer Roberto, señor de Balse, mas este rehusó recibirlo, diciendo a los que lo llevaban:

—No quisiera que el rey mi señor tuviera por ultraje que nada reciba de tanto favor como me dispensa, pero os ruego le digáis que antes de salir de mi patria hice juramento sobre la cruz de esta espada de no recibir presea de ningún potentado del mundo. Que si nos permite a mí y a los míos traer sobre nuestra cota el collar de la Orden de la Escama lo tendremos a gran merced.

Agradole al rey la respuesta del caballero y dio orden para que, juntándose todos los plateros de Segovia, trabajasen a gran prisa los dichos collares. Hechos que fueron, Gonzalo Castillejo, maestresala de palacio, llevando consigo pajes con bandejas cubiertas, fue a presentar al señor de Balse un collar de oro para él y otros de plata para sus caballeros. Fue tanto lo que el alemán agradeció esta magnificencia del monarca, que al darle las gracias se ofreció a acompañar a las tropas de Castilla en la entrada que iban a ejecutar por tierra de moros, donde él y los suyos se mostrarían merecedores de la nueva condecoración.

El desenlace afortunado de esta empresa, el galardón que obtuvieron los mantenedores y el placer con que el pueblo asistió a la función, fueron un poderoso estímulo para que se repitiesen otras de este género: de aquí provino que la corte de don Juan II, ya célebre por sus empresas literarias, lo fue también por las galantes y caballerescas. Ninguna en su reinado tan memorable como el paso honroso que don Suero de Quiñones sostuvo dos años después, por treinta días consecutivos, en un puente sobre el río Órbigo, a cinco leguas de la ciudad de León, contra todos los que pasasen en romería a Santiago de Galicia. En este singular desafío, que don Suero dirigió a todos los campeones del universo, se desplegó todo el esfuerzo, destreza y galantería de más de sesenta caballeros de diferentes naciones, que vinieron exprofeso a lidiar con el mantenedor del paso. Había él jurado defenderlo hasta que se rompiesen trescientas lanzas y lo cumplió con extraordinario ardimiento. Si las lanzas rotas no llegaron a

aquel número fue porque no hubo más rivales que se presentasen a combatir. En estas justas tan celebradas por los trovadores se halló también el conde de Mayorga, cuyo primer hecho de armas se ha visto en el torneo de Segovia.

A los pocos días de haberse este verificado, el rey don Juan II de Castilla pasó revista a sus huestes que, acompañadas de los alemanes, marchaban a la frontera de Granada. Un gentío numeroso ocupaba la plaza de armas donde se hallaba el monarca. La reina y sus damas lo observaban desde la galería del alcázar y toda la gente del palacio coronaba las almenas, en cuyo más elevado torreón tremolaba, agitado por el viento, el estandarte de Castilla.